CUERPO Y CAPITALISMO

1. Introducción

El dominio de investigaciones relativo a los cuerpos y a la corporeidad, desde hace dos décadas hasta esta parte, se ha fundado, en primer término, en el cuestionamiento de las estructuras mas arcaicas y conservadoras del pensamiento occidental. Esto se debió a que la interrogación por el cuerpo conmueve los dualismos que soportan dicho pensamiento, como también las diversas epistemologías que otorgan legitimidad sólo a los procesos asociados directa o indirectamente con la razón.

Desde esta perspectiva crítica, los desarrollos actuales sobre el cuerpo, tanto en ciencias sociales como en el ámbito de la antropología, han ido conformando distintas orientaciones teóricas con nuevos grupos temáticos y metodológicos de abordaje.

Asombra la diversidad existente en la actualidad en el campo del estudio del cuerpo, así como también su integración progresiva en las áreas más diversas, como es su aproximación a los nuevos malestares que el capitalismo contemporáneo tiene en determinados conjuntos sociales.

Una particularidad de la cultura del capitalismo tardío es, sin lugar a dudas, la especial centralidad que guarda el cuerpo como espacio de consumo, como agente social y activo. Su protagonismo se observa en diversas esferas de nuestro mundo contemporáneo, en las luchas políticas, en los debates sobre la identidad sexual y de género, en la denuncia de torturas, en las técnicas de recombinación de ADN o en la búsqueda de la prolongación artificial de la vida, por nombrar sólo alguna de ellas. Adquiere también un papel preponderante en prácticas cotidianas, como son las nuevas consecuciones de metas estéticas o en la cultura del consumo con su bombardeo de imágenes creadoras de necesidades y deseos corporales. En resumidas cuentas, ese ámbito o lugar, que en otros momentos ocuparon cuestiones como el espíritu, la subjetividad o la personalidad ahora es ocupado por el cuerpo.

Más que nunca, en nuestros días, el discurso sobre el cuerpo y del cuerpo, se ha vuelto neutro. Por un lado se nos habla del aspecto dinámico, principio de placer, de acción y creación, fuente y arquetipo de belleza. Por otro, se traduce el aspecto trágico y doloroso de precariedad del cuerpo en tanto es considerado como fuente primera de sufrimiento. Las dos perspectivas componen una visión dramática de la corporeidad que la sociedad capitalista ha sabido explotar muy bien, transformandola en objeto de consumo y centro de toda preocupación tecnológica e ideológica.

Sin embargo, por fuera de esto, existe una experiencia originaria de corporalidad, experiencia que será preciso aprehender. Acercarnos a esta experiencia es lo que intentaremos en este breve trabajo.

2. Status questionis

Hablar de la centralidad del cuerpo en la vida social e intelectual contemporánea nos conduce a indagar esta temática en los autores que más se han abocado a su estudio. Uno de los exponentes que más ha trabajado la relación cuerpo-capitalismo desde el punto de vista sociológico ha sido Terence Turner[1], quien en 1994 entendía que el énfasis puesto en el cuerpo respondía al reflejo del individualismo consumista acuñado por el capitalismo tardío.

No es objeto de este trabajo hacer un estudio detenido sobre la concepción del cuerpo de Terence Turner, pero sí es importante rescatar la mirada crítica que ha tenido el sociólogo estadounidense al localizar -en una nueva entidad socialmente sagrada (el cuerpo) - un conjunto de construcciones culturales (caso de la identidad) y de fenómenos sociales como las relaciones de producción.

Tal como lo presenta el autor, el cuerpo es un reflejo de nuevas representaciones del capitalismo. Como ejemplo de esto basta pensar en los slogans de los sucesos

[1] Cfr. Turner, Terence, Bodies and Anti Bodies. Flesh and Fetish in contemporary social theory. En Tomas Csordas (ed) Embodiment and Experience. Cambridge, Harvard University Press, 1994

acaecidos en 1968, en el conocido Mayo Francés, los cuales reivindicaban el cuerpo como espacio de libertad individual.

La pérdida progresiva de la familia, la comunidad, la desterritorialización, el mundo globalizado y el predominio de una cultura económica anclada en el consumo, no sólo son algunas de las características que definen a la modernidad sino que constituyen, también, las “nuevas relaciones sociales” sobre las que se superponen hoy día las nuevas relaciones corporales de producción individual y de consumo.

La imagen desgarrada y consumida en los mensajes publicitarios y cinematográficos han ido dando paso a un nuevo ícono constituido por el cuerpo en soledad, el cuerpo aislado, el cuerpo individual, objeto de deseo, deslocalizado y consumible. A partir de este recurso el cuerpo resulta una individualidad cosificada, cuyo objetivo es acceder a otros cuerpos anónimos, desconocidos, sin historia y sin entorno social circundante aparente.

Cuerpos perfectos, bellos, sin edad, desnaturalizados, irracionales, tiranos, obsesivos y perdidos. Cuerpos presos de otro cuerpo: su cerebro es un voraz mercado que controla y da las órdenes a una sociedad consumista que late al ritmo de la hegemonía cultural. Este cuerpo como tantos otros, actúa sin pensar, por impulso, dejando de lado los razonamientos y siguiendo las órdenes del corazón sin cabeza.

El cuerpo como entidad social cosificada se transforma, sin querer, en un objeto de mercancía mientras que el producto cosmético o alimenticio, que promete éxito abundante a quien lo utilice, se convierte en el protagonista personificándose. Aún cuando la presentación de estos productos sea hecha por un hombre - famoso en la mayoría de los casos - no es un rostro que avale el beneficio del objeto sino una marca que auspicia o presenta a otra marca. El cuerpo publicitado es, realmente, un cuerpo cosificado, anónimo y aislado que solamente adquiere personificación cuando se mercantiliza. En última instancia el cuerpo de la modernidad está construido a partir de la dialéctica de objetivación y subjetivación.

"La idea del cuerpo está sobrevalorada como consecuencia del capitalismo avanzado. Es el soporte de todas las operaciones comerciales. El propio concepto del individuo está limitado por su fisiología como unidad de producción y consumo. El cuerpo es el objetivo del producto, y para el individuo es su herramienta de disfrute. La relevancia de la imagen física entra recientemente dentro de la misma estructura. Se ha convertido en el principio empírico de nuestra sociedad."[2]

El capitalismo tardío centra en el cuerpo, por un lado, las condiciones necesarias para aunar de forma poco contradictoria el cuerpo-mercancía (de objetividad fantasmal), con el cuerpo- consumidor (posibilidades para la personificación y reificación).

En esta línea, la noción de vida corporal como "buena vida" pasa a ser percibida como la vida de quien posee muchos bienes, olvidando al ser humano como cuerpo en relación consigo mismo, con los otros cuerpos humanos, con la naturaleza y abierto a la trascendencia.

3. La experiencia originaria de la corporeidad

La pretendida recuperación de la corporeidad llevada a cabo en los tiempos actuales es una lectura tan selectiva como en otros tiempos lo fueron las actitudes denigratorias del cuerpo. Ya hemos visto de qué manera el capitalismo se ha encargado de utilizar este ardid de supuesta revalorización de la corporeidad a riesgo de infravalorarlo, puesto que no se glorifica tampoco al cuerpo en cuanto tal, sino los cuerpos bellos, jóvenes, sanos.

El reduccionismo de la cultura dominante, que pretende traducir "corporeidad" en "sexualidad" y ésta en "genitalidad" – por citar sólo algún ejemplo- implica también, por solapado que parezca, una suerte de idealismo que busca una imagen arquetípica del cuerpo, haciendo a un lado la totalidad de sus aspectos, reteniendo solamente alguno de ellos.

---

[2] Prego, Sergio; *en diálogo con* ***Franck Larcade*** . Revista *Zehar* , nº 38, invierno 1998

La convergencia de prácticas relativamente recientes hace que el cuerpo sea vivido, a menudo, como un accesorio de la presencia, un material a transformar para ponerlo a la altura de la voluntad del individuo, un borrador a corregir.

“Si se intenta cambiar el cuerpo se cambia la vida”, parecería ser el leitmotiv de nuestro tiempo.

Los objetos convertidos en mercancías pierden su individualidad, son cosas abstractas, impersonales, que han perdido su "aura". El cuerpo humano no es algo que se pueda poseer como los objetos exteriores. Si tomamos el cuerpo como una mercancía que se "vende" simbólicamente en el mercado, una mercancía más sobre la cual se puede "invertir" para aumentar un valor de cambio, entonces éste pierde su significación, su fuerza, su consistencia y su unidad anímica.

La cosificación del cuerpo humano crea el sentimiento de que el núcleo y sentido de la vida se nos escapan de las manos. Cuando el cuerpo no otorga sentido al mundo, cuando no lo significa, se transforma en un "ser para otro", se enajena dejando de ser un "ser para sí", transformando al hombre en un objeto más, que como tal, está sujeto al devenir, al desvanecimiento, a la volatilización.

Algunos autores, como es el caso de los filósofos franceses Maurice Merleau- Ponty y Michel Foucaul, en su afán de concebir un cuerpo que sí otorgue sentido al mundo lo han interpretado como aquella cosa de la cual el hombre no puede absolutamente prescindir puesto que es lo que lo pone en contacto con el exterior. Así concebido, el hombre, a través de los poros del cuerpo – que en el término griego originario “poros” quería decir tanto “via de entrada” como “de salida”- y de los sentidos, se pone en contacto con el mundo. Pero el problema está en que para los mencionados autores, sólo el cuerpo permite al hombre el contacto con el mundo, con lo cual, estamos aquí también en presencia de un reduccionismo fenomenológico, que circunscribe el ser del hombre al mundo y a su relación con el mundo. Con intención de salvar al corporeidad humana de la cosificación, el proyecto filosófico de estos autores, invita al hombre a volcarse, una vez más, a la apariencia. Ya no se habla de un cuerpo máquina (Cartesianismo), ni de un cuerpo mercancía (capitalismo) sino de un cuerpo como “vehículo de comunicación”.

No es difícil vislumbrar en este planteo un final semejante al vaticinado por el capitalismo tardío.

Escapar a cualquiera de estas visiones, implica que el cuerpo humano se convierta en la condición de la intencionalidad, como camino necesario para la realización personal y comunitaria. La existencia corpórea no puede separarse de los demás atributos de lo humano y menos aún privilegiarse sin caer en el deterioro de la propia humanidad del cuerpo. El hombre enajenado es un hombre sufriente, un exiliado en el mundo de las cosas.

Santo Tomás, en el sermón *Puer Iesu* con esa claridad de pensamiento que lo caracterizaba, siendo un adelantado a los tiempos modernos, ya advirtió sobre las consecuencias que acarrean estos desvíos:

"En vano ser perfecto en edad según el cuerpo si no se es en el alma pues éstos inconvenientes se siguen: es monstruoso, dañino, pesado, trabajoso y peligroso"[3].

El destino del hombre consiste en asumir su naturaleza sujeta a las vicisitudes corpóreas y, a la vez, en ser capaz de poder dialogar fuera del tiempo y decirse a sí mismo pensamientos cuyos significados no se dejan encerrar en el molde de lo carnal.

Una antropología humanista, lejos de menospreciar el cuerpo humano, lo rescata y reivindica. Si la persona es digna no lo es *por tener* un cuerpo, sino por *ser* , también, *su* cuerpo.

Hoy, en la época de crisis del capitalismo tardío, frente al desprecio encubierto que existe sobre la corporeidad, es necesario defender la auténtica dimensión corporal de los seres humanos, parte integral de su identidad personal. La más transparente confirmación de la importancia de esta dimensión nos las suministra el mismo Cristo. Bástenos recordar la escena final del Evangelio de San Lucas, médico, conocedor del cuerpo humano:

"Mirad mis manos y mis pies: soy Yo mismo. ¡Palpad y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos como podéis constatar que Yo tengo! (…) Y como todavía no acababan

[3] Santo Tomás; Sermo puer Iesu, "Si non proficit homo profectu mentis cum aetate corporis, quatuor sequuntur ex hoc inconvenientia: quia hoc est monstruosum, damnosum, grave, sive laboriosum, et periculosum ."

de creer (…) les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Ellos le han ofrecido un poco de pez y asado. Lol tomó y se lo comió delante de ellos.” [4]

María Laura Picón

[4] Lucas, 24, 39-41-42.